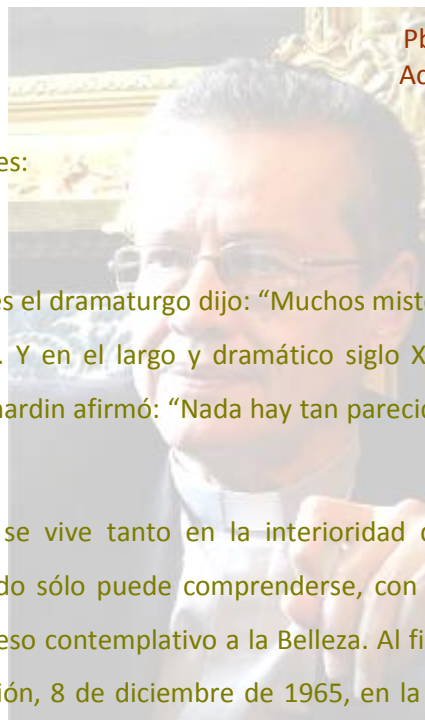




manuel olimón nolasco

historiador

UN DON DESDE LAS FUENTES DEL ESPÍRITU: EL CARDENAL FRANCESCO MARCHISANO.¹



Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.
Academia Mexicana de la Historia.
Fundación Muró.

(Excelencias) Señoras y Señores:

En la antigua Grecia Sófocles el dramaturgo dijo: “Muchos misterios hay; de todos los misterios el más grande es el hombre”. Y en el largo y dramático siglo XX—“espléndido y babélico”—el visionario Padre Teilhard de Chardin afirmó: “Nada hay tan parecido a un camino de la cruz que la epopeya humana”.

Y la epopeya humana, que se vive tanto en la interioridad de cada uno como en la gran comunidad del mundo habitado sólo puede comprenderse, con sus rasgos de gozo y dolor, de plenitud y carencias, en el acceso contemplativo a la Belleza. Al finalizar el Concilio Vaticano II, el día de la Inmaculada Concepción, 8 de diciembre de 1965, en la romana Plaza de San Pedro, se leyó el mensaje que los Padres dirigieron a los artistas: “[...] La Iglesia está aliada desde hace mucho tiempo con vosotros...Habéis construido y decorado sus templos, celebrado sus dogmas, enriquecido su liturgia...Habéis ayudado a traducir su divino mensaje en la lengua de las formas y las figuras, convirtiendo en visible el mundo invisible...

“Este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperación, [es antídoto de la angustia]. La belleza, como la verdad, pone la alegría en el corazón de los hombres;

¹ Palabras iniciales de la XVI edición de la Cátedra de Arte Sacro. Universidad de Monterrey, 2 de septiembre de 2014 en homenaje al Cardenal Francesco Marchisano fallecido el 22 de julio de 2014.

es el fruto precioso que resiste la erosión del tiempo, que tiende un puente entre las generaciones y las hace comunicarse en la admiración...”

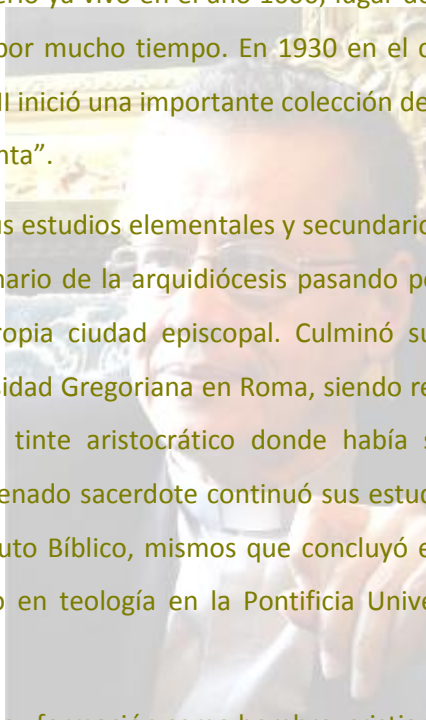
El servicio a la Belleza, íntimamente unido al de la Verdad y el Bien fue el que marcó el sendero de Francesco Marchisano desde los pasos titubeantes de su niñez hasta los surcos profundos de su siembra de hombre maduro.

El pequeño Francesco vio la luz el 25 de junio de 1929 en Racconigi, pueblo de la jurisdicción de Turín casi en la frontera con la Costa Azul francesa, lugar de placidez cisterciense encendida como lámpara votiva por un monasterio ya vivo en el año 1000; lugar de reciedumbre cívica como sede de la dinastía real de Saboya por mucho tiempo. En 1930 en el castillo principal del sitio, quien sería el efímero rey Humberto II inició una importante colección de arte cuyo guión principal fue la “Sacra Sindone”, la “Sábana Santa”.

El joven Marchisano realizó sus estudios elementales y secundarios en su lugar natal y en Turín; a los doce años ingresó al Seminario de la arquidiócesis pasando por sus distintas sedes: Giaveno, Chieri, Rivoli Torinese y la propia ciudad episcopal. Culminó sus estudios sacerdotales como alumno de la Pontificia Universidad Gregoriana en Roma, siendo residente del Collegio Lombardo, espacio eclesiástico de cierto tinte aristocrático donde había sido alumno Giovanni Battista Montini, el Papa Paulo VI. Ordenado sacerdote continuó sus estudios de licenciatura en Sagrada Escritura en el Pontificio Instituto Bíblico, mismos que concluyó en 1954 y más tarde realizó los correspondientes al doctorado en teología en la Pontificia Universidad Gregoriana, título que obtuvo en 1957.

Esa trayectoria nos conduce a su formación como hombre, cristiano y sacerdote.

Una mirada a su lugar natal, Racconigi, nos presenta un caserío de rojos tejados y balcones floridos, el verde intenso de jardines de árboles frondosos y setos roturados por senderos amables, el áureo barroco de sus iglesias principales: San Juan Bautista y Santa María la Mayor; las huellas tenues pero aún presentes de las devociones populares a San Roque, el peregrino taumaturgo protector ante la peste y a la Beata Catalina en cuyos pequeños y acogedores recintos sacros—dice un texto contemporáneo—“[...] la povera gente implorava il *libera nos* dal morbo che troppe volte nasceva della guerra e della fame”. ([...donde] la gente pobre imploraba con el *libera*



nos de la enfermedad, que muchas veces nacía de la guerra o del hambre”).² Al languidecer el verano el aire se alegra con el paso de las cigüeñas que desde sus altos nidos emprenden el vuelo al Norte de África cruzando el Mediterráneo y en ese incipiente otoño el horizonte frío que parece ensancharse y herir los ojos permite ver a los lejos la nieve de los Alpes, portadora siempre de deseos de infinito. Ese paisaje y su belleza se imprimieron sin duda en el niño y el joven que partió al Seminario de Turín.

Los contrastes entre lo exquisito y lo sórdido, entre la santidad y el pecado, la riqueza eximia y la persistente pobreza del paisaje urbano de Roma, fue para el seminarista y novel sacerdote Don Francesco otra forja definitiva en el estilo de su palabra, sus silencios, su libertad, su obediencia y su vida toda. La devoción mariana que cultivó en su niñez se transformó de cálida ternura en acendrada solidez teológica. Su tesis de doctorado se tituló: “La interpretación de *kejaritomêne* hacia la mitad del siglo XII”. *Kejaritomêne* es la palabra de sonido áspero y dulce significado con que en la lengua griega de San Lucas se expresa el saludo del ángel Gabriel a María: “--Llena eres de gracia”.

Su obispo tuvo como idea original que los estudios romanos lo prepararan para ser profesor en el Seminario torinese, pero el cardenal Giuseppe Pizzardo, prefecto de la Sagrada Congregación para los Seminarios y las Universidades de Estudios lo llamó para que se hiciera cargo de los asuntos relativos a los seminarios para la formación sacerdotal en el mundo en las oficinas del Vaticano. Desde ese día hasta el de su muerte fue Roma el lugar de su ministerio al servicio del Papa y de la Iglesia Universal y de su servicio callado a grupos de minusválidos. Él ponderó a Paulo VI y a Juan Pablo II la importancia del patrimonio cultural y artístico nacido de la convicción cristiana y de la imaginación y memoria de la comunidad eclesial de todos los tiempos. Por consiguiente, le tocó ser fundador, en 1988, de la Comisión para el Patrimonio Artístico de la Iglesia y más tarde de la Pontificia Comisión para los Bienes Culturales de la Iglesia, su hermana mayor, fuente riquísima de enseñanza y aplicación generosa del contenido orientador del mensaje del Vaticano II a los artistas que cité al inicio.

Esta mañana traeré a la memoria del corazón como tributo orante y agradecido dos escenarios de su labor intensa y de su huella indeleble en el campo abierto del cultivo de los bienes culturales de la Iglesia.

² Página electrónica *Commune di Racconigi. Chiese*. (Consulta: 26 de agosto de 2014).

El primer escenario nos lleva al centro histórico de Roma, al Palazzo della Cancelleria, obra pionera y acabada del Renacimiento cuya sobria armonía sobrecoge. Don Francesco recibía ahí, en una amplia sala decorada con grandes cuadros alusivos al jubileo sacerdotal de oro del Papa León XIII contrastantes sin duda con las líneas perfectas del palacio, a quienes íbamos de lejos a las siete de la mañana a fin de que nada perturbara la conversación ni distrajera la atención. Varias veces caminé por las callejuelas estrechas desde la Piazza di San Salvatore in Campo, casa de los Misioneros del Espíritu Santo y agradecí que la cita fuera a esa hora temprana pues al caminar percibía el estimulante aroma del café “espresso” y la variedad de olores que salían de los lugares de venta del mercado del “Campo dei fiori”: las verduras, las frutas y sobre todo las flores. A esa hora la plaza y el palacio Farnese, sede del Centro Cultural de la Embajada francesa, también en el camino, se sonrosaban con la caricia del sol temprano. Las moles marmóreas a ambos lados de la plaza me hacían sonreír acordándome de cuando éramos estudiantes del Colegio Pío Latino y les decíamos de broma “las tinas de baño del César”. Tal vez se trató de una de las exageraciones de Augusto quien dijo que había recibido una ciudad de ladrillo y la había transformado en una de urbe de mármol.

En voz baja hablaba el prelado mientras desde el fondo de sus anteojos brillaban sus ojos hundidos que dejaban percibir su afecto por México: nuestro rico patrimonio, su potencial evangelizador desconocido y por ello mismo desaprovechado, su pueblo multicolor sufrido y a la vez portador de contagiosa esperanza. No dejé de percibir, a pesar del equilibrio externo propio de la formación romana, su sufrimiento, jamás expresado en palabras, a causa de las mezquindades de algunos miembros de la Curia romana y su solidaridad silenciosa cuando la injusticia se hizo presente en esta nuestra Iglesia mexicana. Por ello apelé casi al comienzo de estas palabras al dicho de Teilhard sobre el camino de la cruz y la epopeya humana. A él, a mí y a muchos ha dado ánimo lo que el Papa Paulo VI escribió en su testamento: “[...] Sólo el amor a la Iglesia me liberó de mi selvático egoísmo”.

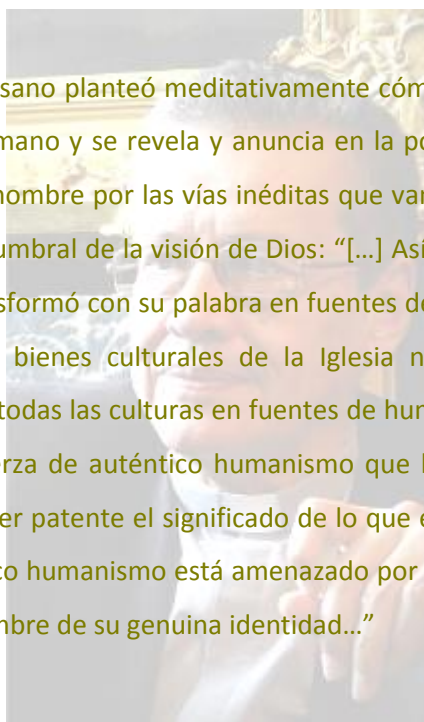
El segundo escenario: Monterrey, UDEM, nueve y media de la mañana del martes 27 de junio del año 2000. Con visible gozo Monseñor Marchisano abrió el Congreso Internacional de Arte Sacro que dejó huella honda en el surco de esta cátedra y en el ambiente cultural de México y América Latina. Dejo oír algunos de sus conceptos y emociones: “[...] Ayer por la tarde he vivido un momento de gran emoción. Cuando celebrábamos la Eucaristía en la Basílica de Guadalupe de

Monterrey sobre un altar fabricado en roca del Tepeyac, mi corazón y mi mente se trasladaron al Santuario de Guadalupe...Éste no es mi primer viaje a México. Aquí precisamente, tuve una de las experiencias dolorosas y gozosas al mismo tiempo, que afectó profundamente mi existencia...porque en la Ciudad de México sufrí mi primer infarto. Y aquello, sin embargo, resultó una ocasión privilegiada para disfrutar y gozar de vuestra acogida...Se desveló así para mí, el talante que os caracteriza como pueblo. Algo que, yo creo, tiene que ver con un don de la Virgen a este Pueblo, que ha entrado a formar parte de su misma identidad cultural”.

He ahí una muestra de su gran corazón pues—lo digo por experiencia propia—un infarto con sobrevivencia posterior se le da a quien tiene corazón desbordante como oportunidad y no como tragedia.

En esa misma ocasión Marchisano planteó meditativamente cómo Dios se hace transparente en las vibraciones del espíritu humano y se revela y anuncia en la potencialidad del arte que, como Beatriz a Dante, acompaña al hombre por las vías inéditas que van del Infierno el Paraíso, lo aleja de las sombras y lo deja en el umbral de la visión de Dios: “[...] Así como el Señor tomó productos culturales del hombre y los transformó con su palabra en fuentes del Espíritu que realiza al hombre en su ideal, así también, los bienes culturales de la Iglesia no son sino el resultado de la transformación del ingenio de todas las culturas en fuentes de humanismo evangélico. Todos ellos están impregnados de esa fuerza de auténtico humanismo que la Iglesia porta en la fuerza del Espíritu. El secreto está en hacer patente el significado de lo que es ‘significante’ en un momento de la historia donde el auténtico humanismo está amenazado por otras fuerzas disgregadoras que están intentando alienar al hombre de su genuina identidad...”

He dejado caer estas palabras con ánimo agradecido al Padre de las Luces que iluminó al amigo fiel y sincero, Cardenal Francesco Marchisano. Las he dejado caer como tenue lluvia en esta Universidad de Monterrey que surgió de la comunión de varias congregaciones religiosas y la voluntad de familias católicas regiomontanas y que, por consiguiente, desde sus comienzos modestos ha querido identificar su impulso con la inspiración cristiana. Mi vínculo con esta cátedra que viene desde sus primeros pasos me permite recordar y enfatizar con cariño que esta universidad no puede olvidar su origen y su destino a pesar de su crecimiento y de la tentación que surge desde la fascinación de la tecnología invasiva que puede transformarse en ideología de perfiles totalitarios que haga absoluto lo relativo. Esta cátedra—estoy convencido—no es un



apéndice prescindible o un adorno que puede sustituirse por otro quizá más llamativo. Es un recordatorio de la peculiaridad de esta institución universitaria al servicio del hombre integral. Es una luz encendida que hace presente la Verdad antigua y nueva que no se marchita con el correr del tiempo sino que madura y aporta la felicidad auténtica que es “antídoto de la angustia” y “puente entre generaciones”.

Ahora que Su Eminencia Francesco Marchisano ha trascendido las puertas del Paraíso no de la mano de Beatriz sino de la doncella de Nazaret, María “*kejaritomêne*”, la llena de Gracia, se hace presente a él y a nosotros la voz segura de Jesucristo, el Señor de la Historia: “—Yo soy la luz del mundo...El que me sigue no caminará en tinieblas”.

